



Karin Fischer, *Clases dominantes y desarrollo desigual en Chile, 1830-2010*, Editorial Universidad Alberto Hurtado, Santiago, 2017, 213 páginas

Se podría afirmar, sin temor a equivocarse, que en Chile, las ciencias sociales y la disciplina histórica, han optado mayoritariamente por un estudio descriptivo antes que normativo de las elites económicas. Razones hay variadas, pero a mi juicio, dos podrían ser las principales: en primer lugar, el peso de los desgarros políticos e ideológicos que han marcado sistemáticamente la historia de Chile (Stabili, 2003: 25); y en segundo lugar, por una razón “de origen”, que se explica porque la mayoría de los cientistas sociales han formado parte del “grupo social que es objetivado” (Joignant, 2011:13). Así, por ejemplo, el esfuerzo de distintos estudiosos (preferentemente desde la historiografía) se ha dirigido, en general, a si es correcto conceptualizar a los grupos dirigentes como oligarquías, burguesía o aristocracia, sobre la base de sus intereses económicos o de sus afinidades políticas, que indagar en sus comportamientos y estilos de vida¹. Por cierto que hay excepciones, como los trabajos de Luis Barros junto a Ximena

¹ En rigor, el uso del término elite es bastante tardío en la historiografía chilena, y en los pocos textos que estudian estas materias, se prefiere utilizar (según la línea historiográfica del autor) la noción de burguesía (Nazer, 1994; Villalobos, 1988), aristocracia (Edwards, 1945; Stabili, 1996), oligarquía (Barros y Vergara, 1978; Salazar, 2015; 2011) o el de clase dominante (Salazar, 2015; Jobet, 1951), pero, sin duda, el término más usado por parte de la historiografía, aunque casi nunca definido, es el de clase dirigente, cuestión que se explicaría, quizás, porque es considerado un término neutro que compatibiliza el cuasi-monopolio político, económico y cultural de un grupo bastante homogéneo (en tanto clase) que dirige “vocacionalmente” (sin ánimo de explotación) a la sociedad civil.

Vergara (2007), o el caso más conocido, los estudios de Gabriel Salazar (2011; 2015)².

En realidad, los principales aportes para tratar explicar el comportamiento, sensibilidades y subjetividades de las elites económicas chilenas (lo normativo) han sido de extranjeros. Pasando desde la ciencia política, sociología, y la historia, que es precisamente la disciplina de la autora.

Karin Fischer, en *Clases dominantes y desarrollo desigual. Chile entre 1830 y 2010*, apunta a explicar (lo que viene a ser su pregunta fundamental de investigación) por qué las elites económicas chilenas, en tanto constituyentes fundamentales del bloque de poder, se han mantenido hegemónicas en el desarrollo histórico del Estado nacional, sin que, de otra parte, se haya gestado *históricamente* un cuestionamiento importante del resto de las clases sociales al rol que ellas se propusieron desempeñar. La autora responde a esta pregunta utilizando un lenguaje neo-gramsciano que, por el solo hecho de utilizarlo, ya constituye un aporte fundamental y novedoso para el caso chileno³. Dicho aporte se resume en dos materias: primero, en el uso del término una “clase para sí”, para referirse al componente ideológico que aglutina a las distintas elites económicas chilenas; y segundo, el rol que ha cumplido el Estado en el devenir de dicha clase.

² Así también, el proyecto Fondecyt 1141001, liderado por Alejandro Pelfini y Omar Aguilar: “La Transformación de las élites en una sociedad emergente. Distinción, tolerancia y transnacionalización de las élites empresariales en Chile” (2014-2016).

³ Por cierto, porque su uso trae una carga ideológica que aún en Chile es difícil de exorcizar ya que para muchos, más allá del estudio en cuestión, la carga ideológica del autor le antecedería a su comprensión objetiva de los hechos. Esto sería aplicable tanto a la autora y, por supuesto al reseñador, por lo que en este análisis espera no caer en ello.

Ambos elementos son fundamentales para dar cohesión a su trabajo. En efecto, en el transcurso del texto, Fischer va intercambiando los términos elites económicas, clases dominantes, propietarias o burguesía, indistintamente, no porque no pudiera precisar dichas nociones, sino porque ella entiende que, para el caso chileno, tales distinciones no serían relevantes en la comprensión del problema en el *longue durée*. Por cierto que, sociológicamente hablando, el término *elite* tiende a ser mucho más preciso que clase, pues verifica y destaca los distintos grupos en competencia y circulación, evitando así una simple comprensión posicional en la estructura económica-social. Pero así y todo, la noción de elite siempre refiere a una clase social. Es por este motivo que la autora hace más bien un uso *gramsciano* del término clase, ya que éste sintetizaría lo que aquí pretende demostrar, a saber, que lo que comúnmente se puede denominar elite económica chilena, no ha sido más que un grupo homogéneo y estable en el tiempo, que ha impuesto su modelo cultural en forma hegemónica. En términos simples, por más fracciones que hayan estado en competencia (más o menos según el período en cuestión), éstas no se comportaron facciosamente unas contra otras, pues todas ellas pertenecerían a una misma clase, “clase para sí”, que se constituyó como bloque de poder.

Por cierto que más de algún investigador o lector avezado podría ver en su trabajo una simplificación en la materia, argumentando, tras el estudio de alguna u otra fuente, la presencia de diferentes capas económicas que habrían expresado distintos intereses al interior de la clase propietaria, pero es un riesgo que la autora corre y considero que lo resuelve de gran manera. Pues al ser un

estudio amplio, porque abarca desde la independencia de Chile al bicentenario, lo que la autora pierde –quizás- en precisión, lo gana en interpretación.

Fischer da cuenta con claridad que, sin importar un decenio o fase de desarrollo en particular, la burguesía chilena se constituyó en un auténtico bloque de poder, que se diferenció del resto de los países del cono sur (y también de Europa central) porque integró a las distintas fracciones del capital con la oligarquía terrateniente y procedió a la conformación del Estado. Esto habría producido, entre otras cosas, que el control y la creación del Estado Nacional no haya producido permanentes tensiones en la cúspide del poder (a excepción de las guerras civiles de 1851, 1859, 1891), pues la elite económica supo tempranamente conformar un Estado “en el cual las fracciones de la clase dominante desplegaron sus conflictos internos y debatían en torno al *modus operandi* del modelo” (p. 18). Con todo, desde una interpretación ortodoxa marxista, no habría por ello que concluir que se forjó sin más una clase dominante, pues Fischer se desliga de todos aquellos estudios –excelentes por lo demás, como los elaborados por Stallings (1978); Zeitlin y Ratcliff (1988); Zeitlin (2014)- que propugnan una clase dominante *ex-ante*. Por el contrario, la autora busca determinar cómo este grupo llegó a traducir su bienestar y estatus en poder político y, al mismo tiempo, cómo es que se constituyó en clase social hegemónica. En simple, su trabajo “no se limita solamente a la descripción de una elite de poder, sino que reconstruye el proceso histórico de su constitución como clase social. ¿Bajo qué circunstancias desarrollaron los terratenientes, agentes financieros, comerciantes, rentistas, especuladores e

industriales una representación común de orden convirtiéndose con ello en una clase para sí? ¿De qué forma impusieron sus metas políticas a la sociedad chilena?...” (p. 21).

De hecho, para Fischer, el control o grado de influencia que el bloque de poder económico chileno ha prodigado sobre el Estado (entendiéndose a éste como el conjunto de la sociedad política y la sociedad civil), vendría siendo su marca más distintiva. La propuesta de la autora, entonces, se resume en el hecho de que han sido las clases propietarias o dominantes las que han propugnado y definido preferentemente los distintos modelos de desarrollo y el proceso modernizador del país sin que haya existido mayor impugnación de otros sectores sociales, a excepción del período 1930 y 1973, años en donde la elite económica se habría visto influida por la clase media, que se enquistó en el Estado como clase política⁴.

Fischer, procede a hacer un estudio sociológico-histórico del rol que desempeñaron las elites económicas chilenas desde 1830 al 2010. En particular, sus estrategias de acumulación y formas de regulación; cómo fue el proceso de integración y dependencia al mercado mundial; cuáles fueron sus ideas y concepciones de mundo, sus proyectos ideológicos y las visiones de sociedad; qué estrategias utilizaron cuando se vieron disminuidas en influencia. En síntesis, el trabajo indaga en los aparatos hegemónicos que ha desplegado la burguesía chilena para promover sus intereses al interior del Estado.

⁴ Pareciera ser que en este tópico la autora sigue la conocida tesis de Moulian (2006), quien argumenta que fue la clase media la hegemónica entre los años 1930 y 1970. En realidad, en este ámbito, pareciera ser un tanto contradictorio que Fischer se apoye en dicha propuesta, siendo que su tesis final apunta al dominio histórico de la elite económica chilena a la hora de definir el proceso modernizador y de desarrollo del Estado.

El texto está dividido en cuatro capítulos que se enmarcan a partir de los distintos modelos de desarrollo que se han desplegado en la historia de Chile, considerando la autora dos ejes de análisis: primero, el rol que cumplieron las elites económicas para que el Estado se decidiera por uno u otro modelo de desarrollo y, segundo, cómo éstas se agruparon y constituyeron para poder influir hegemónicamente en la sociedad civil. La autora distingue así cuatro fases de transición hacia el capitalismo liberal: primero, el período que transcurre entre los años 1830 y 1930; segundo, el desarrollo hacia adentro (1930-1973); tercero, el neoliberalismo autoritario (1973-1989); y cuarto, el neoliberalismo democrático.

En realidad, en dicha periodización - caracterización de los modelos de desarrollo e incluso en la composición de la elite económica-, no radicaría el principal aporte del texto, pues, de hecho, ya se han escrito pocos pero importantes volúmenes al respecto, los cuales demuestran la homogeneidad de la clase dominantes chilena, tanto en su conformación como en sus intereses. Conocido es que cuando hubo tensiones en su interior, ellas fueron resueltas mediante una guerra intestina (1851, 1859, 1891); así también, ampliamente se ha acreditado la existencia de una serie de matrimonios cruzados entre terratenientes, banqueros, industriales y extranjeros, o la participación accionaria o directiva de los distintos grupos económicos en las empresas de la “competencia”. Del mismo modo, la autora participa de la idea de que todos los modelos de desarrollo triunfantes que se implementaron desde los orígenes de la República hasta 1970, obedecieron a una lógica (pre-moderna) de acumulación de tipo rentista, librecambista, de tipo extractivista

con clara hegemonía del capital comercial (principalmente extranjero) por sobre el capital industrial. En definitiva, una clase económica que construyó gran parte de su poder en torno al crédito (de ahí que los más importantes grupos económicos chilenos tuviesen no uno, si no varios bancos) con fuertes tendencias monopolistas y oligopólicas (debido al estrecho vínculo familiar y de intereses económicos cruzados) y muy poco dada a emprender.

En este sentido, uno de los principales aportes del texto de Fischer, es el estudio interpretativo que hace respecto del despliegue hegemónico que tuvo la elite económica chilena tras el golpe de Estado y durante los gobiernos de la Concertación. Es en los capítulos tres y cuatro donde la autora explica que, si bien no se observó un cambio muy profundo en la composición de los principales grupos económicos (a excepción de la llegada de los “gerentes-empresarios”), como tampoco en su orientación acumuladora (rentista, monopólica, carente de industrialización y financiera), lo novedoso fue que el triunfo de la burguesía chilena fue de carácter internacional como nacional. Porque su impulso económico la llevó, por primera vez, a codearse de igual a igual (no siendo el socio menor) con las elites transnacionales. Y en el ámbito local, porque supo impregnar institucionalmente sus intereses al resto de la nación sin que haya habido una importante impugnación por parte del resto de las clases sociales. Según Fischer, el pináculo de este proceso lo constituyó la constitución de 1980, que unificó dos modelos ideológicos (conservador y neoliberal) que dieron existencia a un neoliberalismo autoritario (Pinochet) y a un neoliberalismo democrático (el actual). Ambos modelos estuvieron bajo la égida de

los Chicago Boys pero también, con no menor influencia, de la Escuela de Virginia, cuestión que brillantemente la autora destaca, pero que, lamentablemente, no profundiza. Por cierto, porque una cosa es la visión monetarista y tecnocrática de la escuela de Chicago, pero otra, que la complementa buena manera, es aquella noción de la *public choice* o la idea de la elección racional, que propugna la escuela de Virginia.

Así entonces, concluye Fischer, el gran triunfo de la elite económica chilena, premunida esta vez de un profundo neoliberalismo, fue que logró convencer al resto del país que su proyecto económico era el que permitiría alcanzar de una vez por todas el desarrollo. Y que la política, que tanto había dañado al país en el pasado, no debía ser obstáculo en el futuro. Para ello, dicha elite, habría ideado una estrategia *gramsciana* para hacerse de la hegemonía cultural: crearon diversos *think tanks* y dispusieron de una red de intelectuales orgánicos que se decidieron a hablar de las bondades del sistema económico. Y esto habría provocado que gran parte de la sociedad civil se hubiese sumado a tal proyecto, al menos hasta el año 2010, año en el que concluye este agudo libro.

Asumiendo, entonces, que se está ante una importante contribución respecto al estudio de las elites económicas chilenas, quisiera, no obstante, realizar tres observaciones. En primer lugar, respecto al método. La autora elabora su propuesta desde la sociología histórica, disciplina que, al no gozar de popularidad en las ciencias sociales exige, sino un estudio detallado, a lo menos una breve explicación metodológica, cuestión de la que autora se exime. Tal decisión me parece errada, porque incluso el lector instruido está a medio camino de exigir un

tratamiento histórico y/o sociológico, lo que podría traer aparejado una crítica infundada. En lo formal, también se observa un cierto déficit en el manejo bibliográfico, ya sea por desconocimiento o por la inexistencia de referencias cruzadas (opuestas a su línea de pensamiento). Con todo, estas críticas, en ningún caso, le restan valor a la tesis que se propone.

En segundo lugar, considero que la autora no expone mayormente la conexión que históricamente han tenido las elites económicas chilenas con el poder político. Ciertamente su estudio no aborda a la clase política, pero si el estudio propone dar cuenta del bloque de poder, éste, en todo tiempo y lugar, ha participado económica y políticamente. En este sentido, soy de la idea que solo es posible aislar la elite política de la económica, cuando se tiene evidencia categórica de que no ha habido mayor vínculo entre ambas. Y este no ha sido el caso de Chile. Pues si se rastrea históricamente, dicha imbricación ha sido innegable. Tanto en el pasado, desde los inicios de la República, cruzando el Estado Desarrollista, luego en tiempos de la dictadura y, sin duda, en la actualidad. Todo ello, no para arribar a una interpretación marxista que concluya la existencia de una clase dominante capitalista explotadora, sino por el hecho de que, precisamente, el control que ha tenido la elite económica chilena sobre el Estado, se explica por su despliegue al interior de éste, ya sea controlando directamente (1830-1930), influyendo (1930-1973) o dominando al Estado (1973 hasta la actualidad). Pues organismos de control fiscal, semifiscales, leyes hechas a la medida, olímpicos subsidios estatales, créditos blandos, entre otros, se han prodigado generosamente durante todos –y repito, todos- los modelos de desarrollo, y

éstos no hubiesen sido posibles sin la connivencia de la clase política, pues esta última, incluso pudiendo tener un distinto origen, a lo largo de los años no le ha disputado a la elite económica su poder hegemónico. Y bien se sabe qué sucedió cuando esto se produjo.

Esto último lleva a una tercera observación que, pienso, en el texto se podría haber concluido, y que dice relación a determinar si efectivamente fue el neoliberalismo el proyecto ideológico que ayudó a dar cohesión a la elite económica chilena y que finalmente materializó un proceso de modernización. *A priori*, se podría afirmar que es efectivo que el neoliberalismo, que hunde sus raíces en Chile desde mediados de 1950, cohesionó a la elite económica en un ámbito ideológico, pero tiendo a pensar que no fue así en su modelo de acumulación. Es decir, si se estudia con detención (quizás exceptuando el período ISI) a la gran elite económica chilena, ésta ha propugnado invariablemente un desarrollo extractivista con ausencia de industria pesada, con tendencia al monopolio, entrecruzamiento de empresas y énfasis del capital financiero, por lo que la doctrina neoliberal de los Chicago Boys y de la Escuela de Virginia, más que “revolucionar” a la elite económica chilena, le prodigó una justificación ideológica al conjunto de prácticas que ella siempre había intentado poner (con mayor o menor intensidad) en funcionamiento.

La clave siempre ha sido el control directo o indirecto sobre el Estado, y el neoliberalismo chileno nunca se ha propuesto alterar tal premisa. En rigor, la burguesía chilena solo se enemistó seriamente con el Estado cuando empezó a perder influencia y control sobre la institucionalidad (1964-1973) que, dicho sea de paso, casi siempre le ha sido afín. En

breve, el problema nunca ha sido el Estado “en sí”, sino que éste se terminara por transformar en benefactor del resto de las clases sociales. Por lo mismo, la subsidiaridad se convirtió en el concepto rector del devenir económico-político neoliberal, porque permitía, por un lado, terminar con cualquier tipo de derecho social, y por otro, imponer un sentido mercantilista a la política social. Lo paradójico, entonces, fue el hecho de que tras la llegada de Pinochet al poder y luego, durante los gobiernos de la Concertación, y pese a todas las críticas que endilgan en contra del Estado, los principales grupos económicos (algunos nuevos) se propusieron recuperar el control que habían tenido históricamente sobre éste. Porque, a decir verdad, nunca su principal estrategia de poder –ni en el pasado ni en el presente- ha sido detentar sillones parlamentarios o presidenciales, como tampoco financiar campañas políticas o invitar a los políticos a participar en sus directorios, sino contar con el apoyo ideológico de la sociedad civil, dominio hegemónico que solo lograron toda vez que lograron institucionalizar sus intereses. Y eso solo fue posible tras la constitución de 1980 que, con cambios menores, rige hasta el día de hoy. Es por este motivo que la elite económica chilena asume que cualquier cambio importante que le acontezca a la constitución, constituiría el comienzo del fin del modelo hegemónico imperante que los elevó (y legitimó) como precursores y líderes de la “modernidad”. Si algo de eso ha habido.

Pero más allá de estas observaciones, lo que habría que destacar del texto, es la tesis de Fischer, quien argumenta con claridad y agudeza, que el control hegemónico de las elites económicas chilenas se ha llevado a cabo, principalmente, por la influencia que

han prodigado sobre el Estado, pues han sido ellas las que han propugnado y definido los distintos modelos de desarrollo, y en definitiva, el proceso modernizador chileno.

Claudio Riveros F*

Bibliografía

Barros, L. y Vergara, X. (2007). *El modo de ser aristocrático*. Santiago: Ariadna.

Edwards, A. (1945). *La Fronda Aristocrática*. Santiago: Pacífico.

Joignant, A y Guell, P. (2011) Poder, dominación y jerarquía: elementos de sociología de las elites en Chile (1990-2010). En A. Joignant, P. Guell (edit.) *Notables, Tecnócratas y Mandarines*. Santiago: Universidad Diego Portales.

Názer, R. (1994). *José Tomás Urmeneta. Un empresario del siglo XIX*, Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.

Salazar, G. (2003). *Historia de la acumulación capitalista en Chile*. Chile: LOM.

_____ (2011). *Mercaderes, empresarios y capitalistas (Chile, Chile Siglo XIX)*. Santiago: Random House Mondadori.

_____ (2015). *La enervante levedad histórica de la clase política civil (Chile, 1900-1973)*. Santiago: Penguin Random House.

Stabili, M. (2003). *El sentimiento aristocrático. Elites chilenas frente al espejo (1860-1960)*. Santiago: Andres Bello.

Stallings, B. (1978). *Class conflict and Economic Development in Chile 1958-1973*. Stanford: Stanford University Press.

* Doctor en Sociología. Profesor Universidad de Talca.

Villalobos, S. (1988). *Origen y ascenso de la Burguesía Chilena*. Santiago: Universitaria.

Zeitlin, M. (2014). *The civil wars in Chile: (or the bourgeois revolutions that never were)*, New Jersey: Princeton University Press.

Zeitlin, M. y Ratcliff, R. (1988). *Landlords and Capitalists: the dominant class of Chile*. New Jersey: Princeton University Press.